

Mundo(s) en desajuste

Reseña de: Amin Maalouf, *El desajuste del mundo. Cuando nuestras civilizaciones se agotan*, Alianza Editorial, Madrid, 2009

ISBN: 9788420664101

José Luis Granados y Leire Neira Fernández: "Mundo(s) en desajuste". Reseña de: Amin Maalouf, *El desajuste del mundo. Cuando nuestras civilizaciones se agotan*, Alianza Editorial, Madrid, 2009
IEMATA, Revista Internacional de Éticas Aplicadas, nº 29, 167-172

Vivimos en una época plural y compleja. Especialmente en occidente, donde transcurremos un período político cuyo "tema de nuestro tiempo", en términos de José Ortega y Gasset, está marcado por la inmigración. Países como Estados Unidos, Alemania y Francia están endureciendo cada vez más sus políticas migratorias mientras nos enfrentamos a un progresivo envejecimiento de la población, por poner sólo un ejemplo de una situación social en tensión y de futuro incierto. Por ello, esta vez, probablemente convenga más hablar de la *migración de las masas*, más que de su *rebelión*.

Precisamente, hace poco reseñamos un libro con un marcado espíritu revolucionario. Se trataba de *Nueva Ilustración Radical* (2017), en la que Marina Garcés se rebelaba ante la *credulidad voluntaria*, interesada y cínica que, según ella, hoy impera en una desorientada sociedad anti-ilustrada (Granados et al., 2018). Su propuesta era sin duda una llamada a la razón, al espíritu crítico y a la construcción de un "horizonte de progreso" transversal, en permanente evolución y dentro de un espacio *común*. Es ese adjetivo, "común", el que abordaremos esta vez en relación a la *crisis migratoria* que vivimos, y lo haremos a través de un libro titulado "El desajuste del mundo: cuando nuestras civilizaciones se agotan", publicado hace casi una década y que hoy conviene especialmente su lectura.

El autor del libro, Amin Maalouf, es un reconocido escritor y periodista franco-libanés. Muchos de sus escritos giran en torno a distintos aspectos culturales de oriente, o bien el argumento de estos transcurre directamente allí, lo cual las ha convertido en un buen punto de partida para muchas personas occidentales que desean "cambiar de mundo".

Y puede decirse que Maalouf conoce bien ambos, pues así lo demuestra en este ensayo. Se trata de una obra en el que reflexiona sobre la situación actual de nuestra civilización, haciendo hincapié en cuestiones vitales a la hora de comprender por qué ambos mundos, oriente y occidente, parecen chocar en su diferencia, así como para intentar proponer algunas soluciones para *ajustar* un futuro próximo.

Tanto las ideas ilustradas de Marina Garcés como el análisis de Amin Maalouf diagnostican una situación compleja de forma, a nuestro parecer, compatible y convergente, aunque desde *perspectivas* distintas. En este sentido, y como expondremos en la última parte, el perspectivismo orteguiano supone una vez más un entendimiento que nos permite apreciar el mundo, o mundos, desde una *perspectiva* en sintonía con la amplia diversidad de culturas. Para llegar a ello, abordaremos primeramente el contenido del libro, que está dividido en tres partes y sigue cierta lógica narrativa. Concluiremos finalmente con una reflexión inspirada en Ortega y Gasset, y con la convicción de poder engrasar, aunque sea de forma sucinta y en términos teóricos, dos mundos actualmente en desajuste.

1. Las victorias engañosas

En la primera parte, titulada “las victorias engañosas”, Maalouf reflexiona sobre la situación que vive el mundo globalizado actual, en donde hay una evidente mayor influencia de la cultura occidental frente a las demás, hecho que ha acabado repercutiendo en el desarrollo de estas últimas y en el estilo de vida de sus pueblos.

Puede decirse que en este apartado del libro Maalouf hace un resumen de los acontecimientos más importantes desde que terminara la Guerra Fría y desmantelaran la Unión Soviética. También dedica unas cuantas páginas a hablar del papel de Europa en la actualidad y de su decadencia no sólo en poder y peso en el mundo, que también, sino en los valores democráticos de los que siempre ha hecho gala. Esa decadencia *póstuma*, como diría Garcés, la observa sobre todo en la poca capacidad práctica de los gobiernos europeos por solucionar problemas sociales importantes, como la integración de las minorías étnicas o religiosas, el cumplimiento real de la ley o la gestión del conflicto con oriente medio.

Maalouf es crítico con occidente porque cree que hay una contradicción en muchas ocasiones entre su discurso y su actuación en el resto del mundo. Él se refiere sobre todo a las consecuencias de un pasado colonial que duró hasta mediados del siglo XX cuando, por ejemplo, países como Francia o Inglaterra, líderes hoy en el endurecimiento de políticas de inmigración, se impusieron a la fuerza en nombre de sus respectivos imperios sobre muchos pueblos de tierras lejanas. Cuando esos pueblos quisieron modernizarse, adquiriendo los valores y las costumbres de las democracias occidentales, pero siendo independientes de sus opresores, éstos últimos, hicieron todo lo posible por impedirlo y evitar así una posible competencia. Varios de esos pueblos, curiosamente, son ahora cada vez más poderosos económica y políticamente.

Pese a su tono crítico, Maalouf en todo momento escoge cuidadosamente las palabras, exponiendo los hechos desde varias *perspectivas* y poniendo numerosos ejemplos para reforzar su argumentación. En cuanto a la globalización, el autor expresa su fascinación por el adelanto tecnológico y todos los avances que de ello han derivado. Se muestra entusiasmado con la idea del progreso y del desarrollo de internet, así como del transporte y de la mayor cercanía de los pueblos en tiempo real. Los sucesos ahora tienen alcance mundial y, en general, también hay una mayor libertad en la transmisión y difusión de la información. Para Maalouf, el problema vendría pues con la gestión que los seres humanos hacemos de esta situación, es decir, con la reflexión que la población hace o no hace sobre la situación actual, algo en sintonía con la crítica de Horkheimer y Adorno al reduccionismo tecnocientífico de la modernidad. Él cree que el desarrollo moral o ético no va a la par que el desarrollo tecnológico y por lo general piensa que las personas se hacen pocas preguntas trascendentales sobre el porqué de las cosas. En otras palabras, nuestro autor piensa que somos en general meros consumidores y que no pensamos en las consecuencias últimas de nuestros actos. Precisamente, esto sugiere una vez más, a nuestro entender, el sentido de aunar el control racional con la apertura vital, tal y como perseguían Horkheimer y Adorno.

2. Las legitimidades extraviadas

En la segunda parte del libro, “las legitimidades extraviadas”, Maalouf reflexiona sobre qué es la legitimidad y cómo ésta se adquiere casi tan fácil como se pierde, dependiendo su obtención de una serie de circunstancias que afectan a un conjunto de personas en un tiempo determinado. Respecto a ello, Maalouf pone en duda la legitimidad moral de occidente y en concreto de EEUU, cuyas acciones en países como Afganistán e Irak, en su puesta defensa de la democracia, han llevado a que los movimientos radicales islamistas cobren fuerza en una gran cantidad de países de oriente medio. Gran parte de ese desajuste de legitimidad está causado, según él, por el hecho de que un país como EEUU, que apenas alberga al 5% de la población mundial, tenga más poder de decisión e influencia que el 95% restante. En esta parte del libro Maalouf intenta, con gran acierto, además, mostrar una serie de realidades que los pueblos occidentales debemos conocer y aceptar, como lo es la *perspectiva* de los pueblos que han tenido que sufrir la dominación occidental en algún momento de su historia.

Hay un par de figuras especialmente importantes dentro del mundo árabe que Maalouf analiza para explicar mejor el concepto de la legitimidad: Atatürk y Nasser. El primero fue un oficial otomano que se atrevió a expulsar al ejército de los aliados de Turquía justo después de la Primera Guerra Mundial, cuando se la estaban repartiendo. El segundo fue presidente de Egipto entre 1954 y 1970, impulsor del movimiento panárabe y la figura política más destacada del mundo árabe en aquella época. Ambas figuras tienen bastantes cosas en común, aunque lo más destacable es que fueron en contra de las imposiciones de las potencias occidentales pese a que deseaban imitar tanto su progreso económico como su cultura, o al menos parte de ella. Fueron dos personas que devolvieron algo de orgullo a un pueblo árabe que se sentía humillado por los acontecimientos de los últimos siglos, por esa falta de progreso en muchos ámbitos y por haberse vistos superados por un poder externo. Ambos dirigentes se ganaron el favor del pueblo y prácticamente toda su legitimidad pese a que quisieron occidentalizar gran parte de su cultura, teniendo en cuenta que contaban con una serie de tradiciones como

la legitimidad dinástica que finalmente se tornó patriótica gracias a ese nacionalismo árabe que se impulsó con Nasser. Las potencias occidentales, por su parte, no vieron con buenos ojos esa rebeldía y no lo pusieron fácil, de modo que todo intento por modernizar esos países fue un intento fallido. Maalouf también menciona en este apartado el surgimiento de Israel como país en un territorio que ya estaba ocupado por los palestinos desde hacía siglos y en cómo esa decisión no dejó de ser una imposición por parte de las potencias ganadoras de la Segunda Guerra Mundial.

En suma: la legitimidad moral en el mundo está extraviada, en el sentido de que ya no hay una referencia moral que sirva de guía, sino que son patriotismo y la fuerza las que abanderan una legitimidad que, según el autor, deberíamos cuestionar.

3. Las certidumbres imaginarias

En el tercer apartado, “las certidumbres imaginarias”, Maalouf se centra en intentar dar respuesta a una serie de cuestiones que han derivado de toda esta situación, así como de esa historia que nos precede. El futuro se presenta incierto para él, pese a ello, intenta dar unas soluciones que, de llevarlas a la práctica en un breve periodo de tiempo, quizás podrían ofrecer una solución satisfactoria.

Maalouf asegura que tenemos que librarnos de una serie de prejuicios, de los arcaísmos y de las trabas que siguen existiendo para una coexistencia respetuosa. Él cree sinceramente que hay que reinventarlo todo, pero sin perder por ello lo que nos hace ser quienes somos, en este caso la cultura. Maalouf es muy consciente de que la preservación y difusión de las distintas culturas del mundo, o mundos, es la mejor opción para el entendimiento y el mantenimiento de la pluralidad. Sobre la religión dice que “los hombres podrían extraviarse con la religión de la misma forma que podrían extraviarse sin ella”. Por ejemplo, la ausencia religiosa de la Unión Soviética es tan perjudicial como el exceso religioso de las ramas más radicales del islam, eso es lo que el autor quiere transmitir al lector, que no es tanto una cuestión de religión, sino de valores humanos universales que deben estar por encima de cualquier creencia particular, porque realmente es ese nuestro nexo de unión: que todos somos personas y que compartimos un espacio *común*.

Maalouf cree que la humanidad entera tiene la responsabilidad de poner fin a los excesos que la están llevando su posible fin. Según él, deberíamos hacer una reducción más que considerable del consumo, lo cual es una crítica al capitalismo actual y al ritmo de vida principalmente occidental. También le preocupa mucho el medioambiente y lo rápido que están llegando los cambios provocados por la actividad humana, a lo que hay que sumarle un factor poblacional, cada vez somos más personas en el mundo y necesitaremos una forma de administrar los recursos de la Tierra. Occidente tiene la responsabilidad de restaurar su credibilidad frente al resto del mundo, de hacerles de guía, de mostrarse abierto a la aceptación de inmigrantes para que sean intermediarios con el resto de sus paisanos y se expandan los valores democráticos, pertinentes en los tiempos que corren, independientemente de la ideología o de la religión.

En definitiva, Maalouf cree que la globalización nos puede llevar o bien a la fusión o bien a la destrucción, de modo que está en nuestras manos decidir el camino a seguir. En el epílogo titulado “Una prehistoria demasiado larga”, se muestra esperanzado ante los giros que podría dar el mundo si realmente se pusieran los medios para conseguir vivir en armonía, aceptando las distintas perspectivas y reivindicando, al mismo tiempo, las propias.

4. Reflexión: una cuestión de perspectiva

Después de la lectura de este libro, es posible que en un mundo donde convergen distintas culturas en mismos espacios, donde la multiculturalidad es un rasgo ineludible y donde existe un conglomerado de ideas cada vez más divergentes, convenga hablar más de *mundos* que de *mundo*. Si la perspectiva es la construcción de una imagen en función del punto de vista del observador, el perspectivismo, como concepción filosófica, supone que toda representación es dependiente del sujeto que la constituye; y en este sentido, el perspectivismo orteguiano puede ofrecernos una vez más un marco de entendimiento útil para engrasar mundos entre sí.

Decía nuestro filósofo que “Cada vida es un punto de vista sobre el universo. En rigor, lo que ella ve no lo puede ver otra. Cada individuo —persona, pueblo, época— es un órgano insustituible para la conquista de la verdad” (Ortega y Gasset, 1923, p. 109).

En esa conquista de la verdad, de una *verdad común* no relativista, tiene a nuestro parecer una analogía en el terreno que plantea Maalouf y que podríamos catalogar como la conquista del bien, del *bien común*. Si consideramos que todas las perspectivas tienen validez, en cuanto que son formas de ver el mundo que generan mundos en sí mismos, y los cuales proceden de seres humanos iguales en cuanto a merecimiento de ese bien, en cuanto a *derechos humanos*, entonces, se hace patente la necesidad de incorporar la *complementariedad* como valor fundamental para la especie humana. A nuestro modo de ver, en la medida en que cada cultura sea capaz de reconocer ese carácter complementario de las perspectivas ajenas, de la diferencia y la individualidad de los demás, como factor esencial de convivencia social, los mundos serán capaces de engrasar eficazmente, de *ajustarse* mejor entre sí.

Sin embargo, si algo caracteriza a este libro es precisamente la urgencia con la que fue escrito hace una década ante un mundo en desajuste. Maalouf asegura que, a comienzos del siglo XXI, es cuando más se está notando esa descompensación que está influyendo negativamente en distintos ámbitos de la vida humana y en especial en lo que a Ética, Ecología y Economía se refiere. Ese desajuste lleva implícita una llamada urgente a abrazar la *pluralidad de mundos* complementarios, no unos como adminículos de otros. Diez años después, estamos viviendo una situación migratoria con un flujo descontrolado de refugiados, solicitantes de asilo y emigrantes económicos que suponen la mayor crisis humanitaria en Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Si bien es un problema de índole político y social, culturalmente evidencia cómo los mundos cada vez se solapan más entre sí, convergen, interactúan y generan un nuevo mundo distinto del que habíamos conocido hasta entonces.

Si bien en otro lugar (Granados et al., 2018) argumentamos que un *antropocentrismo* podría suponer un déficit en las nociones ilustradas de Marina Garcés (2017), esta vez Maalouf critica

con gran solvencia un monismo cultural que está dejando de lado la amplia gama de perspectivas que comparten hoy más que nunca un espacio *común*. En este sentido, el perspectivismo puede aportar un entendimiento para engrasar bien el fenómeno, admitiendo el carácter múltiple y cambiante de la realidad de la que es posible tener diferentes perspectivas, pero considerando también que esa multiplicidad puede ser unificada mediante un principio rector. Un principio rector basado en la tolerancia, en la *complementariedad*, y al que en el fondo Maalouf hace referencia constantemente. Este principio rector es la moraleja del libro para la relación entre naciones, la gestión de recursos comunes y donde por ejemplo los inmigrantes puedan ser intermediarios elocuentes entre mundos. Precisamente, desde el perspectivismo y de esa progresiva unificación, que no fusión, resulta, pues, la verdad o el bien *común*.

José Luis Granados

Universidad del País Vasco
jlgranados.ing@gmail.com

Leire Neira Fernández

Universidad de Deusto

Bibliografía

Garcés, M. (2017), *Nueva Ilustración Radical*, Barcelona: Anagrama.

Granados, J.L., Soler, C., Goñi, L. Germán, I., Casado, A. (2018), "Ilustración inacabada. Reseña de: Marina Garcés, Nueva Ilustración Radical", *Dilemata, Revista Internacional de Éticas Aplicadas*, nº 27, 415-426.

Ortega y Gasset, J. (1923), *El tema de nuestro tiempo*, Madrid: Titivillus.